
LA CÁTEDRA DE TEORÍA Y ANÁLISIS LITERARIO C Y SUS VOCES. ENTREVISTA A SILVIA DELFINO Y FERMÍN RODRÍGUEZ

Carolina Ramallo
Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de Hurlingham
carolina.ramallo@unahur.edu.ar

Silvia Delfino
Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de Entre Ríos
Universidad Nacional de La Plata
silviadelfino2003@yahoo.com

Fermín Rodríguez
Universidad de Buenos Aires
Conicet
ferminr00@gmail.com

Recibido: 03/11/2023
Aceptado: 27/11/2023

Carolina Ramallo: Cuando propusimos con Annick Louis este Dossier imaginamos que las distintas participaciones dieran cuenta del arco histórico largo entre 1984 y 2016 pero también de las transformaciones en los modos de leer y producir problemas teóricos en la cátedra como parte de la institucionalización de la carrera en la recuperación de la democracia. Si empezamos con ese momento fundacional a partir de 1984, ¿cuál es tu recuerdo, Silvia, del equipo de cátedra y de la concepción de la teoría y del análisis literario cuando ingresaste a la cátedra en 1986?



Silvia Delfino: Muchísimas gracias por incluirnos, la convocatoria que hiciste con Annick para este Dossier es muy desafiante porque parte de los debates sobre los usos y el estatuto de la teoría literaria en ese momento de recuperación de la democracia en que Enrique Pezzoni y Jorge Panesi produjeron articulaciones cruciales tanto en la cátedra como en el Departamento de Letras porque Enrique era, como sabemos, el director, y Jorge, el secretario académico. Y, por supuesto, también las produjeron en la formulación del Plan de Estudio.

Cuando comencé a participar en abril de 1986, el equipo estaba trabajando desde marzo de 1984 y mi recuerdo es que, desde el momento fundacional de la cátedra, Enrique y Jorge enfatizaron la condición vital de la literatura al poner en el centro de los debates el análisis de textos. De este modo, los programas estaban organizados a través de debates que desafiaban, desde un corpus muy rico y diverso de textos, las doctrinas conservadoras regresivas impuestas durante los largos años de la dictadura en la carrera.

Como Enrique era, además de profesor y crítico, traductor y editor, nos explicaba siempre que la posibilidad de esa especificación estaba ya en la energía creativa y crítica de la literatura, en los textos que analizábamos para discutir concepciones de la teoría y la crítica, como podemos leer en su libro *El texto y sus voces* editado por Sudamericana en 1986 y en la compilación de las clases que hizo Annick Louis titulada *Enrique Pezzoni, lector de Borges*.

Hace unos meses tuve la oportunidad de preguntarle a Jorge Warley (uno de los ex docentes de la cátedra) cómo habían armado Enrique y Jorge ese primer equipo de 1984. Me contó algo revelador para mí: la mayoría se había conocido en el Instituto Joaquín V. González en varios seminarios de especialización que daba Enrique y que tenían como núcleo modos de analizar literatura argentina y latinoamericana porque Enrique hacía dialogar siempre las teorías como problema con los modos de construir una tradición cultural. Es decir, los debates sobre conceptos teóricos siempre estuvieron orientados a “las voces del texto” porque dialogaban con procedimientos narrativos o poéticos y la preocupación siempre era cómo dialogar con un corpus concreto. De ahí que en nuestra carrera no hubiera una “Teoría literaria I” sino una primera materia “Teoría y análisis literario”.

Por eso mi recuerdo muy vívido del primer grupo es que estaban planteadas las múltiples prácticas y saberes que involucraban la literatura en ese momento de recuperación de la democracia. Recordemos sus nombres, Delfina Muschietti, Daniel Link, Jorge Warley, Elsa Drucaroff, Carlos Mangone, Alan Pauls, Gabriela Nouzeilles, Marcos Mayer, Margarita Mizraje y Bárbara Crespo. Vemos que estaba integrado por escritores, escritoras, poetas, traductores, periodistas y editores de revistas literarias o culturales. Es importante también decir que Jorge sostuvo e intensificó esas orientaciones en todos los equipos de cátedra que sucedieron a ese momento inicial hasta el presente.

El punto más alto y más productivo de esta concepción se lee, como decíamos, en el libro que compiló Annick de las clases de Enrique en 1988 y, por supuesto, en muchos artículos de su libro *El texto y sus voces* que fueron puestos a prueba en las aulas de Teoría y Análisis entre 1984 y 1986.

Esas clases siguen siendo iluminadoras por el modo en que Enrique libera Borges de los modos canónicos y sacralizantes de leerlo para mostrar, con estrategias y dispositivos múltiples de análisis, las relaciones complejas de su obra respecto de la cultura nacional en nuestro país, mientras, simultáneamente sitúa los problemas críticos en sus condiciones de producción hasta

incluir las diatribas que Borges lanzó, explícitamente, hacia Enrique, durante los debates por el cambio de Plan de Estudios de la carrera.

CR: ¿Cómo funcionaban esos debates de la cátedra respecto de la elaboración del nuevo Plan de Estudios del '84?

SD: Enrique como Director del Departamento de Letras y Jorge como Secretario académico plantearon inmediatamente múltiples seminarios y espacios de diálogo con muchos profesores que volvían del exilio o habían permanecido en el país refugiándose en algunas instituciones de enseñanza media o compartiendo cursos y grupos de estudio como experiencias de resistencia. Recuerdo que esos seminarios y espacios de diálogos eran siempre multitudinarios y no había aula que alcanzara por la avidez que teníamos en participar de esos momentos de transformación de la carrera.

En esas discusiones sobre el Plan de Estudios, Enrique y Jorge insistían siempre en poner en primer plano las condiciones de producción de las perspectivas de la universidad pública en Argentina. Por eso es importante destacar que, con respeto genuino, incluyeron la mayor cantidad de voces posible, Enrique y Jorge dialogaban con el resto de las cátedras que, a partir de marzo de 1984, pusieron en perspectiva las concepciones dominantes de Europa y Estados Unidos desde el análisis literario.

De hecho, Enrique explicaba siempre las concepciones institucionales que había conocido en Estados Unidos como docente durante la dictadura y Jorge, que había estudiado en Francia, explicaba el sistema universitario francés como parte de las condiciones de producción de los debates teóricos que aparecían en el programa y que eran desafiados permanentemente por Enrique y Jorge.

Mi recuerdo es que, habiendo empezado la carrera en 1973, estos debates de 1984 me devolvían aquellos que, en la universidad camporista, habían puesto el foco en los modos de usar y apropiarnos de teorías dominantes para producir perspectivas críticas propias en diálogo con las formas políticas de producción cultural, que yo, desde 1984, veía también representadas en la cátedra y en muchas de las materias de la Carrera.

Como ustedes plantean en la convocatoria a este Dossier, esa posición se había trasladado de las aulas en el período 1973/1974 a las experiencias de resistencia que fueron identificadas como “universidad de las catacumbas” durante la dictadura y que habían sido sostenidas en muchos casos por las mismas personas y grupos que, en 1984, participaron de la reforma del Plan de Estudios de la carrera.

Mi recuerdo muy nítido como estudiante es que los programas de Teoría y Análisis desde 1984, a través de los problemas que proponían, resituaban el objetivo de demostrar que la concepción de la literatura durante los períodos dictatoriales era no sólo conservadora, reaccionaria y ultramontana, sino que era incapaz de leer la vitalidad de la literatura como forma crítica. Ya en 1973 la teoría literaria era concebida como parte de esa vitalidad para intervenir en las luchas entendidas como transformación política. Desde mi experiencia, la concepción de la teoría de la universidad de 1984 dialogaba con esos umbrales y los complejizaba porque, como nos enseñó Jorge, la transición democrática ponía en escena conflictos y antagonismos respecto de los reclamos de orden y normalización que fueron, muy pronto, puestos en cuestión en la universidad

y en las calles a través de las luchas contra las leyes de impunidad, Punto Final, Obediencia Debida y luego los Indultos.

Estas condiciones eran discutidas de manera abierta en todos los espacios de la facultad, porque como plantean Annick y vos en la convocatoria, los concursos de la dictadura fueron ratificados, pero paulatinamente hubo un recambio generacional y, simultáneamente, fueron reconocidos los aportes de las cátedras que habían sostenido, entre 1975 y 1983, perspectivas críticas de docencia e investigación. Insisto en mi recuerdo de que todas estas transformaciones y reconocimientos fueron auspiciados por Enrique y Jorge gracias a su hospitalidad proverbial para navegar en momentos tan convulsos como estimulantes.

Esos debates sobre el Plan de Estudios fueron centrales en la cátedra porque Enrique y Jorge proponían intensificar la vitalidad de la relación entre literatura, teoría y crítica a partir de las discusiones que habilitaban antes de presentar los programas porque se reformulaban todos los años.

En esa fundación de la historia de la cátedra, Jorge imprimía a sus clases un tono singular porque tenía asignada una secuencia de la teoría desde su momento inaugural o umbral, (el formalismo ruso, el círculo lingüístico de Praga, el grupo de Bajtín, etc.) pero sus clases siempre produjeron desafíos y conceptualizaciones respecto de modo de leer y de producir crítica sobre la literatura, como mostrás vos, Carolina, de manera magistral en tu tesis y que sé vas a sintetizar en este Dossier.

Y, por supuesto, también lo hacía Delfina Muschietti desde sus modos de leer textos poéticos en su múltiple condición de poeta, traductora e investigadora. Tengamos presente que Delfina fue adjunta regular de la cátedra desde diciembre de 1986 y se dedicó siempre a enseñarnos problemas de análisis del discurso poético. No olvidemos que fue, además, quien tradujo, entre otros, los textos de Judith Butler para leer “La revolución del lenguaje poético” de Julia Kristeva desde el feminismo porque proponía discutir las tradiciones dominantes que consideraban a la literatura escrita por mujeres como un canon “menor” o “subalterno”. Por eso sus lecturas de Alfonsina Storni, Alejandra Pizarnik y de innumerables poetas eran esperadas y atesoradas por les estudiantes. Cuando se jubiló en 2014, este legado fue retomado y sostenido por Ariel Schettini, Fernando Bogado, Guadalupe Maradei y Juan Pablo Parchuc que produjeron corpus de análisis atravesados por sus propias investigaciones siempre en la orientación de la pregunta sobre límites, márgenes y bordes de los cánones que había iniciado Delfina. A estas intervenciones como docente e investigadora, Delfina añadió haber sido, también, una figura crucial en la institucionalización de modos de compartir y disfrutar la poesía.

Recordemos el ciclo que organizó con el título “La voz del erizo” en el Centro Cultural Rojas de la Universidad de Buenos Aires, que convocaba con esa voz, propia y muchas veces discreta pero tan potente de los y las poetas, cuando hablan entre sí, a grupos cada vez más amplios hasta constituir una cita imperdible de la escena literaria y cultural tanto en nuestra ciudad como en el resto de nuestro país.

CR: ¿Cómo recuerdan la continuidad de la cátedra después del fallecimiento de Enrique en 1989?

SD: Jorge sostuvo, en los programas desde 1990, la impronta de desafiar las teorías desde textos literarios en el sentido más amplio y conflictivo de los cánones, las tradiciones y los corpus a partir

de problemas teórico-críticos que organizaban las unidades del programa por su condición polémica. También sostuvo la impronta fundacional de convocar en el equipo de cátedra múltiples pertenencias y posiciones respecto de la literatura. Recordemos que a partir de 1990 se incorpora al equipo de cátedra un grupo muy potente, Ariel Schettini, Gabriel Castillo, Dardo Scavino, Raúl Illescas, Fernando Petit de Murat y Claudia Kozak. Hacia mitades y fines de esa década un grupo de recién graduados también revitalizaron los debates siempre muy agitados de las reuniones de cátedra: Fermín Rodríguez, Paola Cortés Rocca, Marcelo Topuzián, Hernán Díaz, Pablo Bardaui, Leonora Djament, Alejandra Uslenghi y pocos años después, Ilona Aczel, Guadalupe Salomón, Cecilia Palmeiro, Diego Peller y Alejandra Brocato.

Fermín Rodríguez: Cursé Teoría y Análisis en el primer cuatrimestre de 1990, cuando entré a la carrera, por lo que tengo un recuerdo muy vívido de las clases de Jorge desde esta perspectiva que estábamos mencionando. Ese vínculo entre literatura y teoría como tradición desde la cual leer y escribir, que en la cátedra de esos años alcanzaría un punto máximo de autorreflexión, marcó mis años de formación. Pero la idea de pensar los problemas de la teoría a partir de los textos literarios aparecía también en el resto de la carrera, al menos en las materias más afines. Después de todo, es lo que constituye la especificidad de los modos de hacer teoría en Argentina, ¿no? Un rasgo coyuntural que la localiza y la fecha, identificándose con la literatura en tanto aspira a salir del aislamiento académico y circular por la esfera pública atada a la lectura de los textos literarios. Y un rasgo que la vuelve muy difícil de traducir, de trasladar.

Entrábamos a la teoría escuchando a Jorge leer fundamentalmente a Borges, Felisberto, Henry James, lecturas que podían durar semanas enteras y que iban tomando con el paso del tiempo un espesor increíble, por el trabajo sobre los detalles, las conexiones, los “pequeños asombros”, la repetición y las diferencias, y la capacidad de orientar el análisis hacia el resto del programa. ¡Todo salía de ahí, de diez páginas de un cuento! Me quedo, de aquellos años, con la capacidad de transmisión de Jorge, la “transferencia” que era capaz de establecer con sus estudiantes; alguien capaz de complejizar al infinito, aunque nunca perdía de vista cómo escuchábamos y cómo dialogamos con sus análisis.

CR ¿Cómo recordás esa enseñanza? ¿En qué consistía?

FR: Yo diría que era una puesta en escena de la pasión lectora y un estilo, que tal vez sea lo único que alguien puede transmitir. Circulaba por allí un deseo o una potencia de lectura de una intensidad propia de los umbrales, que la materia enmarcaba y multiplicaba. Aunque la tarea era también dosificar lo que esa intensidad podía tener de “traumática”, en la medida en que nos enfrentaba con un no saber que bien podía tomar la forma paralizante de un shock. Pero a pesar del vértigo que provocaba romper con los hábitos de lectura más rutinarios, Jorge ponía en escena un deseo de lectura que, más allá de las herramientas que trajéramos, no dejaba a nadie afuera, “ante la ley”, abrumado y paralizado por un archivo inabarcable, sin animarse a entrar. No había guardián, no había que esperar, ni había ningún misterio.

Digamos que Jorge nos enseñaba, por su modo de acompañar a los estudiantes, a bordear ese “no saber” en la relación con el texto literario, y nos mostraba que en ese “no saber” estaba el porvenir de una lectura crítica. Porque la crítica no era un misterio, era una serie de operaciones que, a partir de una pregunta, ponía en marcha un proceso de producción de sentido inseparable

del acto de escribir. Había que hacer algo con eso que no sabíamos para dejar una huella en el lenguaje y hacer una diferencia a partir del texto.

Era notable cómo, a fuerza de ironía y de estilo, Jorge generaba muy pronto entre los alumnos una serie de transformaciones en nuestra experiencia de lectores que, sin dudas, tenía mucho que ver con esa “forma de vida” que, en esos años, para muchos, para bien o para mal, ya empezaba a llamarse “Puan”. La cursada ponía en juego una transformación, una relación de experimentación con algo nuevo que nos transformaba como lectores. De hecho, por años, el programa giraba alrededor de la “Bildungsroman” y los discursos de formación e iniciación. Porque lo que se estaba jugando en última instancia era una experimentación con la relación entre la literatura y la vida, que se expresaba en el “juvenilismo” de ese grupo de profesores y profesoras que habilitaban la circulación de la literatura y que Silvia, con Jorge y después de que Jorge se retirara, supo siempre sostener en la cátedra y su seminario a través de los sucesivos programas y equipos.

Se trataba de una cátedra, esa era mi impresión, que estaba produciendo todo el tiempo a través de una fruición de llegar a algo nuevo y de compartir en las clases el proceso de ese descubrimiento de una puerta que estaba abierta. Leer y estudiar literatura era aprender a relacionarnos con el no saber, en el sentido de un proceso abierto e inacabado: mostrar que la totalidad no existía, demarcando los puntos ciegos de los textos y trazando a partir de allí una línea de experimentación. Ahí estaba la pregunta de la teoría, o la teoría como pregunta o como problema. Por eso en la filosofía, el psicoanálisis o la antropología que leíamos en esa época la literatura aparecía cada vez que una conceptualización llegaba hasta su límite, para inaugurar un vocabulario nuevo o producir un concepto.

CR: “una marca distintiva”, podríamos decirle así, de los aportes teóricos y críticos de la cátedra fue la introducción de la deconstrucción derrideana ¿recuerdan los comienzos de estas lecturas?

FR: Jorge proponía un modo muy singular de leer, traducir y, sobre todo, usar la deconstrucción, que era una ética de la lectura y la enseñanza, tan visible en ese arte tan de Jorge de estar en el centro y en el margen al mismo tiempo. Estaba también Delfina Muschietti, como decíamos al mencionar el ciclo de poesía, que transmitía desde los márgenes de la poesía una experiencia del lenguaje única.

Una de las últimas clases que le escuché dar a Jorge sobre Derrida, hacia 2015 o 2016, me conmovió en muchos aspectos. Ante el desafío de dar cuenta de un recorrido que era el de su propia vida dedicada al estudio, la lectura y la traducción de Derrida, Jorge habló del presente, diciendo que la deconstrucción como concepto había llegado hasta la “cocina deconstructiva”. Con esa operación, apuntaba, con su ironía habitual, a llevar la teoría a la vida, porque en ese arco que se abre entre la lectura de *De la gramatología* de los años 80 y 90 y los textos ético-políticos de Derrida del 2000 en adelante, Jorge desplegaba el vitalismo de la teoría como algo que está circulando en el presente y que podía leerse desde Derrida. Entonces la novedad que nos trajo en esa clase importaba como reflexión respecto del presente, hacer teoría como una relación con el presente. ¿Qué permite decir hoy la teoría, en su relación de diferencia con la literatura y respecto de otros discursos? ¿Cómo vamos a usarla? ¿Qué experiencias nos llaman a actuar con y desde la teoría? ¿Qué tipo de prácticas estéticas vamos a movilizar para intervenir en el presente?

CR: Pero, entonces, ¿Jorge discutía el concepto que se acuñó en ese momento como “resistencia a la teoría”? Porque en esa resistencia a la teoría también podemos reconocer algo de lo que escuchamos muchas veces en la llamada “crisis del sistema educativo” cuando se produce una acusación no solo a la teoría sino a las prácticas docentes respecto de una supuesta falta en la formación de los estudiantes que nunca estarían en condiciones de enfrentar un problema crítico complejo por las falencias de la educación que recibieron en el ciclo o en la materia anterior. Estas acusaciones producen, simultáneamente, una “des-responsabilización” respecto de nuestra tarea porque nos exige de preguntarnos quiénes y cómo nos relacionamos con la o el estudiante que tenemos enfrente. Sabemos que la o el estudiante con el que compartimos el aula, la o el estudiante con quien dialogamos, es siempre el mejor estudiante que podemos tener porque es el que tenemos y que lo que debemos hacer es, lejos de acusar a la materia anterior o al nivel educativo anterior, es ponernos a enseñarle lo que queremos que sepa.

FR: Claro, Jorge no planteaba el programa a partir de una progresión, de un pasaje de lo más fácil a lo más complejo, que es lo que suele exigirse de la teoría: se le pide que parta de lo más simple o lo más fácil, sus principios o fundamentos, como si pudiéramos decidir cuál es el corpus más sencillo para una materia introductoria. Se trata de una forma crucial de “resistencia a la teoría” que sigue funcionando en zonas de la carrera, que le pide a la teoría una función explicativa y normalizadora que anticipe y resuelva los problemas antes de formularlos. Jorge, en cambio, hablaba de “inmersión súbita” en un lenguaje y una experiencia de lectura a la que había que entrar de golpe, sin gradualismo. Van a leer teoría de primera mano, sin usar manuales, nos insistía. Íbamos a hacer teoría, ni más ni menos.

De todos modos, Jorge tenía muy presente quién lo estaba escuchando y cómo lo escuchábamos. Multiplicaba permanentemente las estrategias de diálogo y los niveles de explicación, poniendo los conceptos en variación o apelando a cuatro o cinco formas distintas de aproximarse a un problema o a un concepto. Sobre todo cuando surgía una de esas preguntas que conmovía algún presupuesto de lectura. ¿Para qué sirve la teoría? ¿Qué no hace la teoría? ¿Por qué leer en términos de forma y contenido suponía una concepción idealista del sentido? ¿Qué significa interpretar un texto, o remontarse hasta el autor para fundamentar una lectura? ¿Qué se está jugando allí? Jorge jamás evitó este tipo de preguntas, que son las más difíciles de contestar y que le dan sentido a lo que hacemos. Y al mismo tiempo, sabía cuándo dejarte solo para desarrollar tu propia búsqueda, tu propia voz.

CR: Era siempre una invitación (¡y una interpelación!) a que desarrolláramos nuestras propias experiencias, nuestras propias relaciones con los materiales, nuestras hipótesis de lectura.

FR: Exacto. Y negándose a enseñar recetas o fórmulas de análisis, con resultados previstos de antemano por la aplicación de un modelo. Por eso insisto con ese movimiento paradójico de romper con hábitos de lectura y concepciones de la literatura, pero al mismo tiempo afirmar un compromiso con el deseo de leer, absteniéndose de quedarse con la última palabra, de brindar

definiciones tranquilizadoras o de totalizar en términos de lectura. El límite era la ironía y la risa, desarmando cualquier solemnidad o certeza dogmática.

SD: Enfatizamos que Jorge como maestro sostenía ese vínculo también con quienes integrábamos el equipo de cátedra, y, de hecho, una situación que puede parecer sólo administrativa como fue la decisión que tomó en 1993 de que les auxiliares preparáramos “teórico-prácticos”, en realidad, no fue en absoluto administrativa porque implicó una trayectoria de formación para nosotres. Tengamos en cuenta que Enrique, Jorge y Delfina siempre estimularon que fuéramos orientando nuestras preocupaciones como auxiliares hacia problemas y corpus singularizados.

CR: Como hizo siempre Jorge en las reuniones de cátedra con cada uno de los docentes o adscriptos que íbamos ingresando al espacio de la cátedra o de los grupos de investigación como tesistas... siempre nos trató como pares, sin condescendencia, sin desprecio, siempre supo armar escenas de autorización a través de modos de diálogos a la vez desafiantes y contenedores.

SD: Claro, es más, cuando produjimos el primer grupo de investigación UBACyT en 1998, el trabajo del equipo de cátedra y esas problematizaciones fueron parte de los fundamentos del proyecto siguiendo esas líneas de proyección. De hecho, muchos artículos, ponencias y hasta proyectos de tesis de doctorado, comenzaron con la preparación de ese “teórico práctico” en el que aportábamos la formulación de un problema de teoría y análisis en el marco del programa de la materia. Docentes que luego tuvieron sus propios espacios de cátedra, como Daniel Link o Marcelo Topuzian, propusieron problemas y tradujeron textos especialmente para introducir debates por los que hoy tanto Daniel como Marcelo son figuras insustituibles en sus respectivos campos. O cuando Alejandra Uslenghi propuso una lectura singular de Benjamin en relación con las exposiciones universales que luego fue el núcleo de su tesis de doctorado en NYU. Pienso también en Leonora Djament que cuando ingresó a la cátedra se estaba iniciando en la edición y hoy es una de las editoras más reconocidas y premiadas en nuestro país. O el modo en que Guadalupe Salomón e Ilona Aczel siguen siendo referentes fundamentales respecto de la gestión pública de la literatura y de la cultura.

No olvidemos que Jorge en esa posición singular de maestro, guía y amigo, siempre publicó sus textos a través de los diálogos que sostenía y cultivaba de manera muy personal en la orientación que está proponiendo Fermín. Como cuando publicó en Beatriz Viterbo en 1993 su libro tan esperado sobre Felisberto Hernández o cuando Leonora Djament editó para Norma en 2000 la antología, también muy esperada y reclamada, de los artículos de Jorge que habían abierto caminos y puntos de inflexión en la crítica literaria, con el título, precisamente, *Críticas*. Y Leonora publicó en 2018 en Eterna Cadencia la compilación *La seducción de los relatos. Crítica literaria y política en la Argentina*. Tampoco es sorprendente que haya ofrecido siempre sus incontables e imprescindibles traducciones a espacios independientes, fuera del centro, en los márgenes, como nos dice Fermín, como la página “Derrida en Castellano”. De hecho, publicó una traducción de “Historia de la Mentira” también de Derrida, con un prólogo imprescindible, en la editorial de nuestra Facultad y ahora tenemos el regocijo de acceder, a través de una colección similar, a los diálogos que Marcelo Topuzian tuvo con él en 2018 en *El entusiasmo de la teoría*. Esto indica, me parece, esa ética que mencionaba Fermín, respecto de los modos de acompañar y sostener

trayectorias en los términos de la amistad de un maestro que acompaña y da tiempo y margen para que exploremos nuestros propios deseos y recorridos. Y no olvidemos, la relación continuada e ininterrumpida con Annick a través del recuerdo amoroso que siempre nos transmitió Jorge de sus años como profesor en el Liceo Francés. Todos recordamos que era imposible circular por cualquier barrio de Buenos Aires o ir a un restaurante con Jorge sin que su presencia provocara saludos de homenaje de estudiantes que le agradecían aquellos años y, especialmente, el vínculo duradero con la literatura que había provocado en él o en ella.

FR: En relación con esto, siempre me llamó la atención el modo clandestino –es decir, poético– en que Jorge hacía circular su escritura. Escribía todo el tiempo, más de lo que publicaba. Comenzando por las clases, que tenían un armado y un trabajo de estilo que era del orden de la escritura. Me parece que la escritura se le jugaba siempre una relación con alguien concreto, un otro particularizado; escribía para alguien, respondiendo ante alguien o en relación a alguna escena, para sus estudiantes, colegas, el público de algún congreso, el lector de un determinado dossier. Las presentaciones de libros fueron por un tiempo su género favorito: ese umbral entre el manuscrito y el libro, entre lo íntimo y lo público, entre lo conocido y lo desconocido, entre el texto leído y el gesto que no espera nada a cambio era un lugar a la medida de su escritura, del orden del don.

SD: Totalmente, y esas presentaciones tuvieron siempre la marca de su generosidad porque estaban dedicadas, como decís Fermín, a dialogar en todo tipo de situaciones, con escritores consagrados pero también con quienes estaban comenzando o ensayando sus búsquedas en la literatura. De hecho, Jorge tuvo esa misma generosidad al habilitar que yo diera seminarios sobre crítica cultural y estudios culturales que después incluyó como parte de los interrogantes en los proyectos de investigación que recibieron reconocimiento institucional como son los UBACyT. Delfina se relacionaba exactamente igual con las personas que orientaba tanto en la cátedra como cuando propuso sus proyectos de investigación en los que participó Ariel Schettini, poeta y traductor insoslayable también. Recordemos que formó el proyecto colectivo “Poesía y Traducción”, integrado por poetas, traductores, también de otras cátedras de la carrera, como María Celeste Cabré, Rodrigo Caresani, Lucas Margarit, Violeta Percia, Walter Romero y Alejandra Vignolo. De hecho, las publicaciones de este proyecto colectivo son reconocidas como parte de la instauración de una Nueva Escuela de Traducción Poética como propuso Delfina en un trayecto que empieza en sus clases, sus artículos y en los proyectos de investigación que planteó en la carrera y en sus libros de poemas y ensayos. Eso que decías Fermín, la relación entre lenguaje y literatura atravesada por la creatividad y la energía de exploraciones situadas y colectivas, ¿no?

CR: Quisiera ahora recordar (¡que quiere decir “volver a pasar por el corazón”!) la formulación del primer proyecto de investigación UBACyT y de los siguientes que fueron espacios de inserción para quienes nos recibimos e ingresamos a la cátedra con los cambios en las políticas públicas educativas y científicas después de 2004.

SD: Si reconstruimos esa pequeña secuencia histórica, en 1996 las cátedras de Teoría Literaria de nuestra Facultad propusieron la creación de un Programa de Teoría y Crítica dirigido por Nicolás Rosa, Ana María Zubieta y Jorge Panesi. Como cátedra participamos en esa investigación conjunta

y en 1998 Jorge presentó un Proyecto UBACYT titulado “Las operaciones de la crítica” radicado en el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso”.

Allí Jorge proponía investigar la relación entre teoría y crítica literaria a partir de las operaciones sobre materiales, tradiciones y cánones con el objetivo de especificar tanto los modos de análisis como las condiciones de producción de esos saberes. La noción de “operaciones” como premisa de investigación proponía cuestionar aquellas perspectivas que tienden a naturalizar como capacidad de descubrimiento o comprobación aquello que construyen. Es decir, que establecen un vínculo directo o “natural” entre saberes y objetos y, a partir de esa operación, postulan sus pretensiones de cientificidad.

En estas polémicas fue crucial una secuencia de problemas que Jorge propuso a través, como decíamos, de las nociones de “operaciones”, “protocolos” y “acciones” de la crítica que tuvieron y siguen teniendo resonancias en todos los ámbitos y escenas de docencia y producción en los que Jorge sostuvo diálogos que enriquecieron profundamente el trabajo de nuestro equipo, como fueron los vínculos con las cátedras y los espacios de investigación de teoría y crítica literaria en La Plata, Bahía Blanca, Mar del Plata, Córdoba, Misiones, Rosario y Santa Fe.

En este punto es importante recordar que tanto los debates de la materia, como el programa conjunto de las cátedras de Teoría Literaria como este UBACYT, se produjeron en el marco del ajuste y ahorcamiento a la universidad pública con cargos ad honorem y salarios paupérrimos. Era también el marco de las normativas de la Ley Nacional de Educación Superior para evaluar y acreditar los planes de estudios, las carreras y las prácticas de investigación. Jorge proponía en este marco una serie de polémicas respecto de la profesionalización de expertos, especialistas, funcionarios y administradores de ámbitos de validación de las propias prácticas y saberes.

Del mismo modo que había leído a contrapelo las teorías de la dependencia y las formas de institucionalización de la cultura nacional, ahora nos convocaba a discutir cómo el neoliberalismo y el neoconservadurismo producían, respecto de los cambios de estatuto de lo literario, una operación doble que todavía está vigente: por un lado, otorgan a quienes hacen estudios literarios y culturales el rol de expertos tanto en la explicación como en la valorización de los materiales y, por otro, producen modelos de gestión que requieren estabilizar las relaciones complejas entre lenguaje y literatura en una ecuación no sólo previsible sino administrable.

En el año 2000, Jorge planteó la noción de “protocolos” para tratar de analizar los modos en que la crítica es orientada a la estabilización, tanto de los marcos institucionales en los que actúa, como de las rupturas y experimentaciones respecto de la tradición literaria. Proponía que la relación entre teoría y crítica no se basa en saberes y operaciones que analizan los cambios en la definición de lo literario dentro de una serie a la vez autorregulada y dependiente de lo social, sino en la especificación del valor cultural en las luchas por la hegemonía. Nos convocaba a analizar no sólo los protocolos de la crítica en la producción de hegemonía (cánones, discursos oficiales, institucionalización de prácticas, modos de decisión respecto del prestigio y del valor cultural), sino los usos de la crítica como material de la rearticulación de discursos y acciones ante las crisis históricas.

Estos debates ponían en primer plano la relación entre teoría y crítica tanto por los usos ideológicos que el neoliberalismo y el neoconservadurismo habían hecho de la retórica nacionalista, como por la posibilidad de explorar la condición reflexiva de las operaciones de la crítica literaria

sobre tramas culturales que fueron muy activas y visibles a partir de 1997 y, especialmente, durante la crisis de la hegemonía neoliberal de 2001 y 2002.

FR: Recordemos también que el neoliberalismo, que llevó al país a una crisis muy aguda a partir de 1997, también produjo situaciones expulsivas de la universidad pública. Recuerdo el momento en que Alejandra Uslenghi, Hernán Díaz, Paola Cortés Rocca y yo nos fuimos, porque conseguir una beca en algún programa de doctorado en los Estados Unidos era más viable en términos de trabajo, que buscar en Argentina, donde las posibilidades para los que recién empezábamos eran muy escasas.

SD: Como después hizo Cecilia Palmeiro que regresó y tiene un lugar crucial en las escenas colectivas de los feminismos como activista, escritora, artista y *performer*. Jorge tuvo respecto de esos momentos de la cátedra posturas muy precisas por las polémicas que había establecido siempre respecto de las concepciones liberales decisionistas de la democracia y, como decía Fermín, sus traducciones y artículos sobre los textos ético-políticos de Derrida se incluían en esas polémicas.

Recordemos, una vez más, que Jorge decía al iniciar la materia con el análisis de textos literarios, que el enunciado de 1984, “la teoría produce problemas generales, la crítica trabaja con los textos”, fue inmediatamente puesto en cuestión cuando la concepción reguladora de la democracia como consenso racional entró en crisis y la universidad fue desafiada por las preguntas respecto de qué tipo de saberes producen la teoría y la crítica cuando los materiales de la literatura no solo desnaturalizan los cánones prescriptivos y, por lo tanto, conciliadores sino que intervienen como acto a contrapelo de una historia supuestamente inevitable.

CR: Justamente a partir de estas experiencias de resistencia al neoliberalismo, tanto desde nuestra cátedra como desde todos los espacios que compartimos, con Annick propusimos que este Dossier permitiera dialogar sobre los modos en que tratamos de salir de la crisis con propuestas emancipadoras, críticas, comprometidas que apuesten por la producción colectiva del saber, por la democratización en el acceso a los distintos modos de producción del conocimiento, por la reflexión política-metodológica. En este sentido me gustaría preguntarles cómo recuerdan los modos en que la cátedra respondió a los desafíos que enfrentó la materia en el marco de los cambios que producen esas crisis que estamos mencionando en términos pedagógicos y políticos.

SD: precisamente, el título que propusiste con Annick para el Dossier “La teoría literaria de la Cátedra C de la Universidad de Buenos Aires: de la innovación a la institucionalización (1984-2016)” implica que tratemos de situar los debates de la cátedra a partir de 2001, especialmente por el ingreso de un nuevo grupo de recién graduados que constituyeron las “voces nuevas” de la cátedra: Juan Pablo Parchuc, Nicolás Vilela, Guadalupe Maradei, vos, Carolina, y Fernando Bogado. Y, por supuesto, el regreso, unos años después de Fermín y Paola Cortés Rocca. Recordemos que Fermín y Paola todos los años volvían a dar clases desde Princeton y nunca dejaron de ser parte de los grupos de investigación colectivos.

FR: ¡Perseverábamos en nuestro ser! Los que emigramos seguíamos en contacto, dialogando entre nosotros, compartiendo clases, circulando por los mismos lugares. Recuerdo que, en una ocasión, después de una clase muy conversada, una compañera portorriqueña me preguntó quién era “Panesi”, porque era un nombre que iba y venía en nuestras conversaciones a manera de contraseña. Desde otras tradiciones académicas, no podían creer que en el grado de Letras en Argentina hubiera tres o cuatro materias de teoría. En otra ocasión, alrededor de 2001, una de mis profesoras en Princeton que había estudiado con Paul de Man en Cornell y enseñaba romanticismo en el departamento de Literatura Comparada, me pidió, en la misma conversación, que le explicara qué había sido el uno a uno, si era verdad que la gente no podía sacar los ahorros de los bancos y qué era la cátedra de teoría. No tanto *qué* era, sino más bien qué quería decir, qué evocaba ese lugar para los que nos identificábamos con él y que, de tanto escucharnos, había despertado su curiosidad.

SD: Nombremos también en esta etapa las políticas científicas que habilitaron, a partir de 2004, la apertura de becas de maestría o doctorado y, simultáneamente, dinamizaron la relación entre docencia, investigación y extensión. Mi recuerdo es que entre las becas Conicet y las becas UBACyT, siete integrantes del equipo iniciaron, con la dirección de Jorge, su tesis de doctorado desde 2005. Estas tesis abrieron una reorientación de la cátedra por el tipo de problemas que planteaban. En ese marco de reformulaciones fue muy importante, también, el regreso de Fermín y Paola como parte de un estado de los debates que fuimos incluyendo en los programas: modos singulares de periodizar las polémicas, una historización diferente del vínculo entre vanguardias, neovanguardias y performatividad, la noción de “vida” como reinscripción de las políticas de la diferencia o la refocalización de Bajtín por su concepción de la literatura como acto. Jorge habilitaba estos nuevos problemas por su capacidad inagotable de escuchar y estimular perspectivas propias en todas las personas que integramos la cátedra.

En los debates que formularon las tesis de doctorado de Juan Pablo Parchuc, Guadalupe Maradei, Diego Peller, la tuya, Carolina, y ahora la de Fernando Bogado, es sumamente potente, en la línea de lo que venimos conversando, la concepción de la literatura como forma crítica que experimenta con tramas, entonaciones y escenas que articulan modos de saber y de percepción que, como ustedes muestran en sus investigaciones y como nos enseñó Jorge, ponen en crisis las propias categorías de la teoría literaria cuando intentamos estabilizar conceptos situados e históricamente específicos. Vimos que esta relación entre teoría y crítica afecta nuestras prácticas como docentes, pero también como investigadores porque involucra concepciones de lo literario y de lo cultural, que la teoría no puede estabilizar porque están en estado de producción e, incluso, de experimentación, como nos enseña Fermín.

En un diálogo muy generoso que me propusieron Fernando Bogado, Juan Manuel Lacalle y Mariano Vilar para la Revista Luthor en 2019, cuando estaban analizando distintas materias de teoría literaria de nuestra carrera, nos preguntamos si las transformaciones de los modos de leer y producir teoría y crítica en Argentina no sugerían una hipótesis respecto de la teoría como material de las tramas literarias, pero también culturales.

Yo decía que había tenido esa presunción, justamente, leyendo las investigaciones del equipo de cátedra y siendo afortunada partícipe, de sus prácticas de docencia y extensión porque el discurso, las operaciones y dispositivos de la teoría constituían no solo marcos, sino claramente materiales de esas experiencias en el sentido en que decimos, siguiendo los primeros debates de Teoría y Análisis Literario, que la literatura es material de nuestras vidas. Es, como plantea Fermín,

resituar la teoría y la crítica desde la desautomatización para afirmar la politización de un arte orientado hacia la vida colectiva, creador de espacios de vida y de disenso con las formas del ver y el decir normativos.

De hecho, el colapso del 2001 fue revisado y especificado, en principio como condición de esos proyectos de investigación para incluir las contiendas sobre los modos de interpretar esa crisis desde materiales simbólicos no solo en el sentido hermenéutico sino de interpelación a la acción colectiva. Esto implica de manera crucial una concepción de la docencia, la investigación y la extensión en la que los modos de plantear problemas involucran esa perspectiva histórica y práctica de la teoría. O, para decirlo en los términos de 1973, de 1984, pero también del presente en 2023, la teoría, la crítica y la literatura como acto, como acción, en el marco de formas de resistencia y de interpelación a la organización colectiva. Parafraseando un título que citábamos muy frecuentemente, en 1973, “la teoría como arma de la revolución”.

Pero aquí se abre lo deslumbrante de esas investigaciones: no se trata de una cita o aplicación de los debates de 1973 o de 1984, sino de perspectivas que desnaturalizan aquellas polémicas, las devuelven a sus condiciones históricas y las resitúan en el presente para producir mapas reflexivos que intensifican el valor crítico de la literatura como material y escena de intervenciones políticas.

Pensemos en las prácticas y saberes generados por esos trabajos de la cátedra. Tus propias intervenciones respecto de proyectos de docencia y enseñanza de la literatura, Carolina, para garantizar derechos de acceso. pero también de participación en los distintos modos de producción del conocimiento. O la organización de publicaciones de Diego Peller y Fernando Bogado, que es poeta y *performer*, en diálogo con quienes, en nuestra cátedra, desde hace más de 25 años, son traductores, editores y docentes en todos los ámbitos y niveles educativos. O los proyectos de extensión orientados a la perspectiva de géneros sexoafectivos de Guadalupe Maradei y las intervenciones de Juan Pablo Parchuc que no solo coordina la participación de nuestra facultad en el Programa UBAXXII de Educación en Contextos de Encierro de la UBA, sino que organizó, con un grupo tan amplio como diverso de extensionistas, docentes e investigadores de nuestra carrera y de la facultad, el “Programa de Extensión en Cárcels” (PEC).

Recuerdo haber conversado con Jorge sobre los modos singulares en que esas experiencias enfrentan los problemas que el neoliberalismo y el neoconservadurismo produjeron de manera restrictiva y regresiva para desnaturalizarlos y reformularlos de modo abierto y movilizador. Desde estas perspectivas, la literatura y sus prácticas desafían las nociones restrictivas de la identidad, el género, las sexualidades, la raza, lo étnico, lo etario, los orígenes y las nacionalidades, las desigualdades de clase configuradas en los cánones culturales. Esto es, me parece, lo que las investigaciones, las prácticas de docencia y extensión del equipo de cátedra ponen en primer plano respecto del presente, cuando nos enseñan cómo las perspectivas teóricas, la crítica y la literatura forman parte material hoy de la resistencia y las luchas contra la exclusión, la discriminación y la proscripción inscriptas en el lenguaje y en los usos de la literatura y, por supuesto, contra los crímenes de odio, el negacionismo y la apología del genocidio. Decíamos con Jorge que había ahí diversas respuestas a la “resistencia hacia la teoría” porque al incluir los debates teóricos como problema político y como material de las prácticas, en vez de tener el efecto de desmovilización producido por los usos de la teoría en el neoliberalismo, historizaban y especificaban las producciones, los corpus, los ámbitos institucionales y públicos, en términos de las prácticas colectivas a las que convocan.

Se produce entonces algo muy conmovedor para mí que consiste en una “vuelta” o “retorno” a las preguntas respecto del estatuto de la teoría que nos permiten revisar no solo el lugar de nuestra cátedra en la recuperación de la democracia sino, como el llamado al Dossier dice de modo muy claro, hacer ese arco histórico entre 1973, 1984 y el presente, cincuenta y cuarenta años después.

Dicho de modo muy tentativo, porque sigo leyendo con regocijo y conmoción, la literatura, la crítica y todas las experiencias e intervenciones culturales que el equipo de cátedra produce en nuestra facultad y en todas las escenas políticas actuales, constituyen la puesta en acto y, por supuesto, la especificación política, de aquellos debates y formas de organización colectiva que, en 1973/1974 antes de la dictadura y en 1984 en la transición democrática, imaginábamos como un futuro de emancipación colectiva no sólo argentino sino latinoamericano.

Podemos leer en las producciones y prácticas del equipo de Teoría y Análisis lo que Annick y vos, Caro, proponen de modo muy agudo en la convocatoria para este Dossier en términos de una genealogía del “capital epistemológico” que nuestra carrera reformula y especifica ante las diferentes crisis históricas. Entonces los modos de “hacer teoría”, como nos enseña Fermín, permiten leer, tanto retrospectivamente como a futuro, los usos de la teoría, la crítica y la literatura como formas de acción teórica y política. Este Dossier implica, precisamente, un homenaje a Enrique, Jorge y Delfina por sus diálogos y sus enseñanzas que, desde aquel momento fundacional de 1984, constituyen tanto una memoria de nuestra cátedra como una interpelación a saberes, prácticas y formas de organización futuras de la universidad pública en Argentina.

SILVIA DELFINO es docente de Teoría y Análisis literario C, investigadora y extensionista entre 1986 y 2021, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Docente de Teorías de la Comunicación, investigadora y extensionista de la Universidad Nacional de Entre Ríos y de la Universidad Nacional de la Plata.

FERMÍN A. RODRÍGUEZ es investigador de Conicet, docente y crítico literario. Es egresado de la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires, y completó su doctorado en Literatura Comparada en la Universidad de Princeton. Es el autor de *Un desierto para la nación. La escritura del vacío* (Eterna Cadencia, 2010, 2do Premio Nacional de Ensayo Artístico 2010-2013) y *Señales de vida. Literatura y neoliberalismo* (Eduvim, 2022), y coeditor y traductor de *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida* (Paidós, 2007). Es traductor, escribe en distintos medios y es profesor de literatura y teoría literaria en la Universidad de Buenos Aires.

CAROLINA RAMALLO es profesora de enseñanza media y superior en Letras y licenciada en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es doctora de la Universidad de Buenos Aires en el Área de Literatura con la Tesis “Literatura y crítica: representación y autorrepresentación del escritor en la narrativa argentina 2001-2010”. Ha aprobado el programa posdoctoral “Derivas de la literatura en el siglo XXI” del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba con el trabajo “Escritura y derechos humanos en las luchas por la memoria y por la igualdad de género en Argentina (2001-2019)”. Se ha especializado en Teoría Literaria, Literatura Europea del Siglo XIX y enseñanza de escritura. Ha participado y codirigido distintos proyectos de investigación. Es investigadora formada del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es docente regular de la carrera de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y del Profesorado en Letras de la Universidad Nacional de Hurlingham. Dicta cursos de escritura en diplomaturas de la Provincia de Buenos Aires y en los doctorados de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.